

ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Noviembre de 1886

Año I

N.º 11

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

EL CAPITAL

II

DEJAMOS demostrado en nuestro artículo anterior que, en la práctica, el capital no se forma por el ahorro, como pretenden los economistas; que, por el contrario, el robo siempre, con uno ú otro nombre, fué y es la base de todo capital ó riqueza acumulada por un individuo.

Veamos como, con arreglo á la justicia, puede formarse el capital. Prescindamos por un momento de nuestra organización social, y supongámosla curada de todos sus defectos y anacronismos. Desde luego tendremos que echar una mirada retrospectiva á dos elementos principalísimos en la vida de las naciones: el trabajo y las materias primeras sobre que aquél se realiza. En el orden económico el primer término de la serie lógica es la tierra, la tierra, entiéndase bien, con todos los productos de la naturaleza en nuestro planeta, desde la atmósfera que nos rodea hasta lo que existe allá en el centro de gravedad del mismo. El segundo término de la serie es el trabajo. Y éste, dicho sea de paso, es imposible sin aquélla. La tierra, pues, y el trabajo se complementan y forman así el tercer término ó elemento, el capital. La tierra, por otra parte, constituye lo que suele llamarse riqueza natural, riqueza ó materia prima que nada cuesta al hombre y que por tanto gratuitamente corresponde á todos y cada uno de nosotros. Después, el trabajo es el que convierte esta riqueza natural en riqueza útil y viene, por tanto, á fundamentar el derecho de apropiación. Y digo de apropiación porque lo que con este derecho hace el hombre es retribuirse, por medio del cambio ó comercio, que decimos hoy, las fuerzas gastadas, el tiempo empleado, el trabajo realizado en convertir una parte de la riqueza natural en riqueza útil (1). ¿Cómo, pues, puede formarse el capital una vez excluída la riqueza natural del derecho de apropiación? No ciertamente por el ahorro, que implica un sacrificio de la satisfacción de las necesidades humanas. El capital, en una sociedad regida por el trabajo, lo constituye todo producto cambiable. No es, pues, ni aún trabajo acumulado, sino simplemente trabajo realizado, cotizable en el mercado, producto que tiene un cierto valor gratuito, trabajo de la naturaleza, y otro valor retribuible, trabajo del hombre. Si, pues, el capital lo constituye todo producto cambiable, ¿es punto menos que imposible su acumulación? Ciertamente. La circulación del capital, que es el verdadero nervio de la vida de los pueblos,

(1) Véase el folleto de V. Drury, de New-York, *La Cuestión del trabajo*.

tiene su más alta garantía en este sistema del trabajo. El producto, metamorfoseándose de riqueza natural en riqueza útil, y de ésta en capital, para venir á parar en producto consumido, en cosa gastada, constituye en un solo momento la verdadera idea de capital que pierde bien pronto al entrar en el cambio universal de las cosas útiles. Solamente, pues, cuando la producción es superior al consumo puede decirse que la acumulación del capital por el individuo, hombre ó colectividad, tiene lugar. ¿Mas qué significa este capital acumulado? Como producto sobrante, es simplemente una partida fallida en el saldo social, una insolvencia del consumo y una avería para la producción; es, en fin, un género fuera de la circulación y del cambio que pierde por esto mismo todo su valor. ¿Puede decirse que la acumulación de tal mercancía constituye verdaderamente capital? ¿Puede temerse esa misma acumulación de riqueza muerta en manos de un individuo? En manera alguna.

En este sistema en que todos son trabajadores y capitalistas á la vez, el amontonamiento de riquezas es imposible, imposible el monopolio del capital, imposible la formación de esas grandes fortunas que, como ya hemos dicho, sólo la explotación del hombre por el hombre tienen por origen.

Volvamos á la sociedad tal como se halla constituida. ¿Qué pasa á nuestra vista?

Fijemos un punto concreto: la pequeña burguesía. Prescindamos, para facilitar nuestro argumento, del trabajador, del asalariado, del jornalero que se halla desposeído de todo derecho, y también del gran capitalista, del acumulador de tierras, de máquinas y de dinero,—el dinero, simple signo de cambio convertido en mercancía.

Supongamos un trabajador que por una circunstancia cualquiera halla crédito en la plaza y se emancipa. Trabaja por su cuenta, y su fuerza productora le basta á satisfacer las demandas del público. No explota, no tiene asalariados, pero su suerte es un tanto próspera. ¿Creéis que, sin salir de esta condición, podrá llegar á ser capitalista, es decir, rico? ¡Su capital es la mercancía por él elaborada! ¡Su riqueza es su trabajo! Con este trabajo y aquella mercancía satisface sus necesidades, educa á sus hijos. Si su suerte cambia un sólo momento, la bancarrota le espera terrible, amenazadora. Su defecto consiste en no explotar como los demás, en no disponer de dinero suficiente para dedicarse á su industria en grande escala, tomando jornaleros, comprando al por mayor las primeras materias, y cuando llega al final de su carrera exclama: «Mi honradez y mi pobreza me han perdido.» Y entonces, si aun puede, arroja su conciencia desesperado y roba, roba sin freno, hasta que ante sus ojos se amontona el oro en grandes pilas. El trabajador se ha transformado en capitalista; el sér humano en fiera ansiosa de dinero. El latrocinio, el bandolerismo legal hacen posibles las grandes fortunas. La honradez y el trabajo propio proporcionan algunas veces un bienestar relativo, casi siempre la miseria.

Cambiad este orden de cosas; que el trabajo entre en una organiza-

ción igualitaria, y el latrocinio caerá bajo el peso de la justicia social, y el trabajo propio y la honradez nos bastarán á ser á la par que obreros, capitalistas. Entonces ya el capital no será trabajo acumulado sino producto en circulación, trabajo retribuido. Y esas inmensas fortunas, hijas de nuestra industria moderna, vendrán al suelo como al suelo han venido los señoríos y los castillos de la Edad Media.

Los economistas burgueses no han sabido hasta la fecha más que plagiar al andaluz del cuento que decía: *¡Capital es monea!*

Nosotros, socialistas revolucionarios, prescindimos de ellos y afirmamos:

- 1.º Que la riqueza se divide en natural y útil.
- 2.º Que la primera es gratuita y pertenece de hecho y de derecho á todos los seres humanos.
- 3.º Que la riqueza útil es aquella á que el trabajo del hombre ha dado un valor que no tenía y del cual debe ser retribuido el trabajador.
- 4.º Que la riqueza natural combinada con el trabajo produce lo que se llama capital.
- Y 5.º Que el capital, por tanto, no es más que un producto cambiabile ó trabajo realizado.

Dicho esto, debemos terminar repitiendo, ante los latrocinios legales de la sociedad actual, nuestro grito de combate: ¡el capital es el robo! — T.

EXCURSIONES LITERARIAS

III

Dos preguntas, breves y concretas, querido lector y amigo, ponían término á mis digresiones sobre el arte y su naturaleza en mi carta última, y voy ahora á reproducir aquéllas, procurando contestarlas lo más categóricamente posible.

«¿Cuál debe ser la naturaleza de este ideal? ¿Cómo distinguir—decía—el arte realista del romántico y sus variaciones, si aquél va á servir como éste al ideal?»

El ideal del arte, no pudiendo ser ya trascendental, ni teológico, ni metafísico, ha de ser necesariamente humano.

Más de una vez lo he indicado ya y no he de insistir muy largamente en esta afirmación. La humanidad en su infancia divinizó cuanto en su propia naturaleza se hallaba en estado primitivo, si bien en evolución, y formó por la sucesión lógica de sus facultades los tipos perfectos, los *ideales*, que su razón le dejaba entrever como un más allá inaccesible. Los dioses, los mitos, lo sobrenatural, en fin, tomó carta de naturaleza en la mente de los hombres. Pero la humanidad avanza y se desarrolla y perfecciona, como el individuo mismo, y á las formas indeterminadas de su fantasía sustituye los tipos concretos de su pensamiento, de su razón; las ideas evidentes, reales, tangibles, de cuanto le rodea y vive y coexiste con ella en el universo mismo. Entonces es cuando comienza su labor de humanar cuanto antes había divinizado, de tal suerte, que ya los dioses y los mitos vienen á estar en razón inversa de los hombres y de las

cosas. Y allí en donde veía un milagro, explica una razón; en donde un Dios, coloca un hombre, y así en el lugar de ese cielo imaginario que ocupan seres sobrenaturales y que

Ni es cielo ni es azul,

según la expresión del poeta, coloca el mundo con su inmensidad de seres progresivos, con sus ideales de perfección, de justicia y de libertad, con todas las maravillas de la humana actividad. Es la historia del niño que en su peregrina fantasía no vé todas las cosas como son en sí, sino como su virgen imaginación las forja, y que luego, á medida que crece y se hace hombre, va destruyendo por su propia mano todas aquellas ilusiones, todos aquellos sueños de la infancia, para poner en su lugar las cosas mismas como son, la realidad, en fin, en cuyo medio ha de vivir y educarse hasta alcanzar la integridad, el completo desarrollo de su sér.

Así nuestra época. Humana la naturaleza del ideal artístico, no es posible ya confundir el pasado con el presente, porque nuestras ideas, nuestras aspiraciones y nosotros mismos hemos cambiado por completo de rumbo, y si antes mirábamos al cielo hoy miramos á la tierra y ciframos aquí abajo, si así puedo expresarme, toda nuestra dicha, nuestra ambición y nuestros deseos. Las ciencias, las artes y las letras siguen el mismo camino.

Dos son los periodos en que puede dividirse la historia de la humanidad: uno que acaba y otro que empieza, uno que sirve al ideal trascendente y otro al ideal humano. Puede, pues, establecerse para el desarrollo de ambos periodos, el siguiente cuadro que servirá de aclaración á cuanto dejo dicho:

IDEAL TRASCENDENTE	IDEAL HUMANO
Dios. Alma divina. Inmortalidad extramundana.	Justicia. Alma humana ó movimiento de la materia. Inmortalidad histórica en la especie.
Realización de la suprema perfección en Dios.	Perfeccionamiento de la raza humana en la justicia.
Desprecio de los bienes terrenales. Aspiración al cielo.	Exaltación de la humanidad y el mundo. Aspiración á la justicia.
Humildad, caridad.	Dignidad, derecho.
Autoridad, jerarquía, perturbación.	Libertad, igualdad, armonía.
Revelación, subordinación.	Inmanencia, revolución.
Sacrificio, miseria, egoismo.	Rehabilitación, comodidad, fraternidad.
Mundo de la fe.	Imperio de la razón.

Tal es en compendio el desenvolvimiento de las dos ideas; tales son, por tanto, el arte que acaba y el arte que empieza. ¿Cabe retrogradar?

*
* *

Largo ha sido el paréntesis. Adivino, lector, tu impaciencia y entro desde luego en el verdadero asunto de estas cartas.

Si he hablado tanto del arte, débese á que la literatura no es más que un modo de aquél. Conforme en un todo con la definición del Sr. Canalejas «la literatura es la manifestación artística del pensamiento huma-

no, por medio de la palabra hablada ó escrita,» es claro que para ocuparme de una de sus partes, he tenido que referirme antes al todo, como condición necesaria á estos estudios. Así la literatura, que es arte, tiene también por objeto la producción de la belleza, más un cierto fin útil que fácilmente se reconoce en todas las épocas. Este fin útil que afirmo y que probablemente me hará incurrir en los anatemas de los ortodoxos, es aquel en virtud del cual conocemos por su literatura, por sus creaciones artísticas todas, las costumbres, el desarrollo intelectual, las ideas y el movimiento de estas mismas, en un determinado periodo histórico (1). El *Quijote*, por ejemplo, á la par que es creación artística, nos enseña, mejor tal vez que la historia misma, á conocer las costumbres caballerescas de aquellos tiempos, costumbres que Cervantes ridiculiza y logra echar por tierra; nos pone de relieve todas las preocupaciones, todos los errores, el estado, en fin, real y efectivo, de aquella sociedad, que él, más que otros muchos, ayudó á derribar. Y es así como yo entiendo que el *Quijote* no fué sólo una obra artística, sino también esencialmente revolucionaria. D. Juan Valera, el diplomático, literato y académico, dice á este propósito, al ocuparse de las relaciones que con los más famosos bandidos mantenían los personajes principales de la España de entonces, relaciones que Cervantes consignó sencillamente en su libro inmortal, que «faltas son estas que serían bastantes á que fuese tachada de antisocial una novela de ahora; pero en aquella época y estado social eran indispensables.» Verdad que esto lo dice el Sr. Valera á reserva de mantener después la teoría del arte por el arte y aplaudir la revolución de ayer para condenar á cuantos hoy sustentan que la literatura, como el arte, como la política y la economía, son elementos secundarios que tienen por fin auxiliar á la justicia y por ende á la revolución que viene á realizar, desenvolver y fomentar aquélla.

Pero si se reconoce y afirma directa ó indirectamente que la literatura tiene, además del fin artístico, ese otro de utilidad que he dicho, y se aplaude los momentos todos en que la literatura cumplió una misión puramente crítica y revolucionaria, influyendo y modificando las costumbres, destruyendo preocupaciones y errores, transformando la sociedad, ¿por qué y con qué razón ha de negarse hoy á la literatura este fin nobilísimo pretendiendo condenarla al *statu quo*?

La literatura, como elemento secundario, ha servido hasta ahora á la

(1) Suprimase la literatura de un pueblo, dice D. Francisco Giner, y en vano se apelará para reconstituir su pasado á su historia política, muda armazón de sucesos, esqueleto que no reviste la virilidad de la musculatura, ni anima el vivificante calor de la sangre; estúdiase aquélla, y los más remotos tiempos y las generaciones más olvidadas se nos presentarán con toda la pompa de sus grandezas, con todas sus miserias, con todas sus aspiraciones, con todos sus extravíos. Sin ella, nos fuera imposible penetrar de qué modo se preparan y fermentan en el fondo de las sociedades los múltiples elementos que han de concurrir en una época dada á mudar su constitución; cómo el espíritu público, divorciado de las instituciones que ya no se apoyan en él, va minando lentamente sus fundamentos hasta dar con ellas en tierra; y por qué misteriosa ley, cuando sus muros de bronce parecían desafiar el empuje de los siglos, desquiciados en sus cimientos, se desploman, arrastrando pueblos enteros edificadas á su sombra y que envuelven en sus ruinas.—(*La literatura moderna.*)

religión porque en ésta estaba vinculada la justicia. Pero de hoy en adelante preciso será reconocer, puesto que la revolución nos emancipa de la teología, que debe consagrarse por completo á la justicia misma, libre de toda ingerencia trascendente. Si el arte y la literatura se ennoblecen y sublimizan bajo la influencia de un ideal grandioso, como afirman los que creen que nuestra literatura anda pobre y miserable porque se aparta del ideal religioso sin hallar otro con que sustituirle y equipararle, yo, que no niego el bajo vuelo de nuestros literatos, he de afirmar que el ideal revolucionario, la justicia, es en potencia y en calidad más grandioso que el ideal teológico, la religión. Y si nuestra literatura y el arte mismo permanecen en decadencia lamentable, es precisamente por la inferioridad real ó la cobardía de nuestros literatos y artistas, porque nadie se ha atrevido aún á presentar una obra crítica, revolucionaria, que pueda formar época y ser señalada como momento glorioso de una más gloriosa transformación. Abandonen los literatos la rutina religiosa y burguesa, entren de lleno por las espaciosas veredas de la revolución, y pronto, á impulsos de su aliento vivificador, habrá conquistado la literatura todo su antiguo poder y su fuerza. Mas para esto es necesario realizar un trabajo de que son incapaces nuestros literatos burgueses: descender de la cumbre dorada en que se posan, vivir en medio de ese pueblo virgen que aún no ha perdido su entusiasmo primitivo, su grandeza sin pulimento; estudiar allí sus virtudes y sus vicios, conocer sus aspiraciones, sus necesidades; vivir, en fin, engolfado en la sociedad actual tal como ella es, no apartados por el muro odioso de la división de clases, del otro lado del pueblo honrado y sencillo.

Con sobrada frecuencia podemos observar, que cuando algún literato se ocupa de las ideas y necesidades de nuestro pueblo, en la época presente, incurre en tales errores que no parece sino que la más absoluta ignorancia de la realidad le guía en la elaboración de sus obras. Tal es el resultado de vivir fuera de su tiempo, él que á éste se debe en cuerpo y alma.

Los mismos maestros de la escuela realista, por carecer de una verdadera idea que les guíe, con rarísimas excepciones, incurren en idéntico defecto.

Y es que, como dice Proudhon, el arte y la literatura nuevos son ó deben ser *antidogmáticos*, ó más claramente *críticos* y aún mejor *racionales*, dictado suficientemente motivado por la *irracionalidad* del arte durante la primera mitad de este siglo. Crítico, del griego *Krinó*, yo juzgo. Arte crítico es, pues, como si dijéramos, arte justiciero, arte que empieza por hacerse justicia á sí mismo, y se declara servidor, no de lo absoluto, sino de la razón y del derecho (1).

Ya sé yo que la mayor parte de los artistas y literatos contemporáneos no entienden, como Proudhon, el arte y la literatura; pero es indudable que hacia este novísimo arte, á esta modernísima literatura caminan mal

(1) *Du principe de l'art.*

de su grado. Y caminan porque el espíritu público se encuentra en uno de esos momentos en que influye él más directamente sobre el arte y la literatura, que éstos sobre aquél. Así va la literatura en estos tiempos arrastrada por las corrientes dominantes hacia la revolución, hacia ese instante supremo en que todo va á cambiar, á transformarse, á entrar por primera vez en el templo universal de la Justicia, volviendo la espalda á la Iglesia y al Estado.

Por eso yo me río, y tú lector te reirás también, cuando veas que aún hay literatos como nuestro plenipotenciario en Bélgica, D. Juan Valera, que dice en una crítica de los *Estudios sobre la Edad Media*, de Pí y Margall, pretendiendo ridiculizar á éste, que «la Iglesia católica, la congregación universal de los fieles, esta asociación en que todos están unidos por la caridad, con la misma creencia y con la misma esperanza; esta santa y perfectísima democracia, en que no hay sólo la unión de la vida terrena, por el espacio de breves años, sino la unión en la eternidad; esta comunión de los santos, esta mística ciudad y república, esta Jerusalén divina, que está á la vez en la tierra y en el cielo, cuando en el cielo y en la tierra se cumple la voluntad de su legislador, soberano y bendito, no es más que puro egoísmo para el Sr. Pí. Lo bueno es la sociedad que él va á fundar con su evangelio. Así como, según el Sr. Pí, al cristianismo precedieron los esenios, sin duda al *piismo* preceden los internacionalistas.» Y luego habla el Sr. Valera de los horrores de Alcoy (!) de los robos de Granada (?) y de los asesinatos, facinerosos y bandidos de no sé cuantas ciudades. ¡Mentira parece tanto desenfado en tan académica cabeza!

Se le ha olvidado decir al Sr. Valera, después de tanto bombo y platillos, que esta sociedad, á pesar de todas las santísimas esencias del catolicismo, es una sociedad de robos legales, de infames explotadores, de asesinos cobardes y alevosos, y que en ella, desde el cura hasta el monaguillo, desde el gran señor hasta el pordiosero, todos viven en *sacra* inmoralidad, en completo desenfreno y en absoluto desorden, de tal modo que los presidios están atestados de criminales y en el mundo andan sueltos muchos más que por lo regular son muy católicos y muy *señores* y hasta muy *académicos* en el arte de José María y otros no menos célebres.

Si algo con bastante elocuencia nos pudiera dar á conocer lo que son estos sabios académicos, eunucos del misticismo y del poder, sería este trabajo *crítico* del Sr. Valera.

Por la pequeña muestra anterior puede juzgar cualquiera el estado de nuestra literatura y el empuje y vigor de nuestros literatos. Completamente afeminados, se hallan muy bien con los aplausos de aquellos que, predicando el desprecio de los bienes terrenales, roban, por si acaso, cuanto pueden. Así la lógica que usan es una lógica de cueva y de gavilla.

Mas por fortuna, si esto es así, no es menos cierto que todos esos literatos doctrinarios apenas producen una obra que no envuelva, aún á pesar suyo, tal ó cual problema y realice siquiera sea en parte pequeñísima esa misión crítica, tan necesaria en nuestros días, que constituye el ner-

vio y la vida toda de las artes y de las letras en cada momento de la historia humana. Dadles un criterio sano, un ideal justo y grande, y esos mismos literatos revolucionarán el mundo en veinticuatro horas.

El arte y la literatura no pueden volver, no volverán ya al ideal cristiano; carecen asimismo de un nuevo ideal que los anime; van á retaguardia de la civilización y del progreso. Pues bien: ó la literatura da un salto y se coloca en un instante á la cabeza del movimiento, ó la revolución pasará por encima de ella arrollándola y aniquilándola. De sus cenizas surgirá entonces la novísima literatura anunciada por la revolución misma y profetizada por Proudhon y otros.

El dilema está planteado. Que ellos, los literatos y artistas, elijan y obren.

En cuanto á nosotros, socialistas y revolucionarios, sólo nos resta decir con el maestro:

«Nuestro ideal es el derecho y la verdad. Si vosotros no sabéis qué hacer con esto del arte y del estilo, ¡atrás! nosotros no tenemos necesidad de vosotros. Si vosotros estáis al servicio de la corrupción, de la lujuria, del fanatismo, ¡atrás! nosotros no queremos vuestras artes y vuestras letras. Si la aristocracia, el pontificado y la majestad real os son indispensables ¡atrás siempre! nosotros proscribimos vuestro arte tanto como vuestras personas.»

La revolución, lector y amigo, la revolución y la justicia absorberán á la literatura, ó ésta ayudará nuestra obra de emancipación universal.

¡Adelante!

HOPE

Madrid, Octubre de 1886.

En la carta anterior se han deslizado dos erratas que conviene corregir, aunque ya lo habrá hecho el buen sentido del lector. En la página 112, línea 14, donde dice «honores» debe leerse *horrores*, y en las 113 y 35 donde dice «mundo» debe leerse *rumbo*.

UNA PREOCUPACIÓN

Pretendida gandulería de los obreros no catalanes

III

Prescindiendo de los canales de riego, pues son muy contados los que tenemos en España, otra de las causas que ejercen grandísima influencia en el buen aprovechamiento de la tierra es la facilidad de la extracción de sus productos.

Allí donde no hay vías de comunicación se cultiva sólo lo necesario para atender al consumo de la comarca, en tanto que allí donde aquéllas abundan pueden dedicarse al cultivo de productos de exportación.

Que en España estamos mal, muy mal en punto á vías de comunicación, es cosa de todos sabida. De los 195,158 kilómetros de ferrocarril que en 31 de Diciembre último había en explotación en Europa, sólo corresponden á España 9,185; en tanto que Francia, que tiene próximamente la misma superficie que nuestra península, figura en aquel total por 32,491 kilómetros.

Nuestras vías férreas generales mueren de inanición por falta de vías

afluentes que lleven á ellas los productos de las comarcas que quedan á derecha é izquierda de las mismas, y muchísimas de estas comarcas ni tan siquiera tienen un mal camino carretero, viéndose obligadas á transportar á lomo sus frutos.

En medio de este general abandono, Cataluña está relativamente bien, si se la compara con el resto de las regiones españolas; el número de sus carreteras, así del Estado como provinciales, lo mismo que el de sus caminos vecinales, ha aumentado considerablemente desde veinte años á esta parte.

Nosotros hemos recorrido á caballo, así en las tres provincias aragonesas como en la de Guadalajara y la Mancha, trayectos de sesenta y más kilómetros sin encontrar una mala carretera.

La dificultad del transporte de los frutos de la tierra hace que su extracción sea sumamente costosa, viéndose los compradores obligados á pagar á muy bajo precio los frutos en los puntos de producción, á fin de poderlos dar al precio corriente en los centros de consumo. Esto hace que el agricultor muchas veces no saque de los frutos de la tierra ni siquiera el importe de sus jornales, y de ahí que haya grandes extensiones de terreno inculto en las comarcas en que las vías de comunicación escasean ó faltan por completo.

Hay otro motivo también para que en las provincias centrales de España y en algunas del litoral no se cultiven las tierras con el esmero que en Cataluña y Valencia, por ejemplo. Este motivo es el bajo precio de los jornales de los trabajadores agrícolas en aquellas provincias.

Así en la Mancha como en la provincia de Guadalajara, así en la provincia de Huesca como en la de Teruel y en algunos puntos de la de Zaragoza, en Caspe, por ejemplo, hemos visto pagar los jornales del peón agrícola de una peseta á una peseta cincuenta céntimos; es decir, á mitad de precio que en Cataluña, donde el jornal medio del jornalero del campo, excepción hecha de las épocas de la siega y la trilla y de la cava, poda y vendimia de la viña, es de dos pesetas cincuenta céntimos. En el Alto Ampurdán, provincia de Gerona, hemos visto pagar de 25 á 30 pesetas el jornal diario de la *guadaña*. Dase allí este nombre (*dalla* en catalán) á un grupo de tres hombres, á saber: un guadañero y dos atadores. El primero cobra la mitad del jornal y los segundos se reparten por igual el resto.

En Falset y en el Priorato (Tarragona) hemos visto pagar en la época de la cava de las viñas de 3 á 3'50 pesetas y dos porrones de vino por jornal. Son muchos los puntos de Cataluña en que en ninguna época del año se encuentran jornaleros á menos de 2'50 pesetas diarias.

En los viñedos de la provincia de Málaga, según una nota que tenemos á la vista, el jornal del cavador varía de una peseta veinticinco céntimos á dos pesetas, con la particularidad que tienen que andar dos y tres horas para ir al trabajo y otras tantas para volver á su casa, teniendo que trabajar de sol á sol sin tener por eso más horas de descanso que las que tiene el jornalero catalán. En cambio, en las vegas de la misma

provincia se pagan los jornales próximamente como en Cataluña, pero los jornaleros tienen que manejar azadas y palas que pesan unas doce libras, y el que carece de estas herramientas viene obligado á pagar un real diario al capataz que se las presta.

Según una detallada reseña sobre el jornalero audaluz que nos ha sido hecha por uno de nuestros compañeros de allá, en las provincias de Cádiz, Córdoba y Sevilla, á los simples trabajadores agrícolas les dan 0'75 de peseta de jornal y además un pan de tres libras, sal, ajos y vinagre para cada uno y aceite para cada diez. Desde el 24 de Junio al 8 de Setiembre ganan un real más de jornal, pero tienen que levantarse á las dos de la mañana para estar en el trabajo al despuntar el día; trabajan hasta las ocho de la tarde, y sólo descansan desde las nueve á las once y media de la mañana.

Ahora bien, ¿cómo es posible que una gente que trabajando de sol á sol, así en invierno como en verano, no gana lo suficiente para poder comer, trabaje con la afición con que puede hacerlo aquel que gana un jornal que le permite vivir con más desahogo?

Si el jornalero catalán se encontrara en las condiciones que el andaluz, por ejemplo, teniendo que habitar en los cortijos, lejos de su familia, durmiendo sobre duros poyos de piedra en gañanías más propias para bestias que para personas, teniendo por todo combustible boñigas de buey secadas al sol, y por todo alimento un gazpacho caliente en invierno y un potaje de garbanzos en verano, ¿trabajaría con el gusto y afán que hoy lo hace?

Esto no quiere decir que los trabajadores agrícolas catalanes reciban el precio que por su trabajo les corresponde; lo único que pretendemos demostrar es que su situación es infinitamente superior á la de sus hermanos de las demás provincias españolas.

Nosotros hemos tenido ocasión de ver en las obras públicas de Cataluña, sobre todo en la construcción de ferrocarriles, numerosas brigadas de peones aragoneses, valencianos, vizcaínos y andaluces, y podemos asegurar que no trabajaban con menos ardor ni con menos inteligencia que los peones catalanes. Pero en esas obras todos ganaban el mismo jornal, que variaba de dos pesetas cincuenta céntimos á tres pesetas, cosa que no sucede en el laboreo de los campos.

¿No está, pues, bien demostrado que es falsa la opinión que califica de poco afectos al trabajo á los obreros no catalanes?

Nosotros, tan catalanes como el que más, pero que nos hemos encontrado en el caso de tener que alternar constantemente, dentro y fuera de nuestro país, con obreros de las demás provincias; que no los hemos visto sólo de paso y desde la ventanilla del wagón, sino que hemos tenido que habitar entre ellos enterándonos de sus necesidades y costumbres; nosotros, que conocemos igualmente el modo de ser de los jornaleros catalanes, no titubeamos en afirmar que éstos se sublevarían en masa si se les obligase á vivir como viven sus hermanos andaluces y gallegos.

La situación de éstos, aun en la época de la siega, es tal, que cuando llegan á Aragón suelen cantarles los chiquillos:

Ya bajan los segadores
de segar en las Castillas,
poco pan y poco vino
y palos en las costillas.

Dejemos, pues, de considerar á los jornaleros de las demás provincias como inferiores á los nuestros. Como á trabajadores merecen nuestro respeto, y como á víctimas de la explotación social, no sólo son dignos de todas nuestras simpatías, sino que su martirio debería arrancar un grito de indignación de todo pecho honrado.—G.

LIBERTAD Y AUTORIDAD

LA sociedad humana vive en constante movimiento, desconoce en absoluto el reposo.

La historia demuestra con perfecta evidencia esta afirmación, y si queremos hallar una prueba más tangible, basta con examinar la serie de acontecimientos realizados en la generación en que vivimos, en la que el movimiento se efectúa con mayor rapidez, merced á la mayor potencia acumulada por el conjunto de causas producido por las generaciones anteriores.

Si la sociedad vive en movimiento, necesariamente será en determinada dirección, y para conocerla preciso es agrupar las observaciones con método para conocer su ley; de aquí se deduce la filosofía de la historia.

Observación, método, ley, filosofía de la historia; ecuación racional que nos sirve para juzgar lo pasado con perfecto conocimiento, y nos lleva, no sólo á adivinar lo futuro, sino á dar dirección á nuestros actos para anticipar la realización de lo que haya de realizarse.

Con esto se conquista el mayor bien á que puede aspirar el hombre activo y pensador: un *Ideal* y un *Criterio*.

Hechos. — El salvaje vive en absoluta libertad, pero al mismo tiempo desconoce totalmente la solidaridad. Caza ó pesca, es decir, trabaja exclusivamente para sí. Cuando el fuerte ó el astuto encuentra más llano apoderarse del fruto del trabajo del débil, y el despojo se ha repetido, constituyendo una amenaza constante de los holgazanes contra los laboriosos, reúnen éstos, abdicando su libertad nombrando una autoridad, y forman la familia y la tribu, y crean la industria, y nace la solidaridad.

Una autoridad ejercida incondicionalmente, si pudo servir para la defensa, fué un obstáculo para satisfacer las aspiraciones creadas por el nuevo estado, y pidióse á la libertad la conservación de los bienes adquiridos bajo el amparo de su antagónica.

La autoridad es el pecado original de la sociedad humana. Perdió el hombre su inocencia (libertad) y la tiranía (autoridad) se enseñoreó del mundo. Desde entonces la libertad, refugiada en la inteligencia y en el sentimiento de los revolucionarios de todas las épocas y de todos los pueblos, lucha contra su dominante adversario en todos terrenos, y lenta-

mente debilita su base y sus atributos, y esta lucha constituye la historia de la humanidad.

Método. — La consideración de los hechos históricos reunidos en la generalización anterior, agrupados en series que representan la alternativa influencia de la libertad y la autoridad determinan la siguiente

Ley. — La libertad (derecho) y la autoridad (hecho) evolucionan y reaccionan recíprocamente, aquélla como iniciadora y ésta como conservadora de las conquistas obtenidas en el sentido de la perfección humana.

La observación regida por el método y analizada con la ley que nos da idea de la entidad y de su esencia y propiedades, dan á conocer la

Filosofía de la historia. — La libertad nace egoísta, y para limitar sus abusos, se ampara en la autoridad, pero como ésta ha de ser ejercida por hombres, resulta una continuación del abuso de la libertad en favor de los menos contra los más. Protesta y conspira el mayor número contra los tiranos, y éstos se rodean de mayor poder y fuerza contra las reivindicaciones de aquéllos, y en esta alternativa la libertad se robustece por el conocimiento de su propio derecho y la autoridad se debilita por la arbitrariedad.

Así, en términos generales que el lector ampliará, juzgamos la historia.

El procedimiento aplicado al conocimiento de lo pasado nos induce á prejuzgar lo porvenir, porque siendo el método y la ley infalibles, el resultado es lógicamente fatal, por lo cual adoptamos como

Ideal el restablecimiento de la libertad primitiva como consecuencia del desenvolvimiento de todas las facultades humanas, con la adquisición y conservación justa y equitativamente distribuída de cuanto bueno ha realizado la humanidad, y como

Criterio la adopción de cuantas medidas sean convenientes para apresurar la realización del ideal. — L.

MISCELÁNEA

Son por demás interesantes los siguientes datos, extraídos de la Memoria publicada por el comisario general de trabajo de los Estados-Unidos, é inserta en el *New-Yorker-Volkszeitung*:

Para la fabricación de instrumentos aratorios, se necesitarían 2,145 obreros de diferentes aptitudes para producir tanto como producen hoy con ayuda de máquinas 600 obreros de aptitud ordinaria.

En la construcción de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza á 49.

La fabricación de ladrillos para igual producción suprime hoy el 10 por 100 y la de tejas el 40 por 100 del número de trabajadores.

En la zapatería (calzado para mujeres), 100 hombres producen tanto como producían antes 500. En otra clase de calzado la máquina ha suprimido el 50 por 100 de obreros. Hay una fábrica donde un hombre trabaja tanto como tres hace poco tiempo. Con la máquina de coser Mac Kay se produce hoy sesenta veces más que antes. En otras ramas de la misma industria un hombre hoy reemplaza á 10.

En la manufactura de tapices, y especialmente en la filatura, un hombre llega á reemplazar de 75 á 100, y en el tejido un hombre sustituye á 10.

En la confección, la máquina corta sombreros y trajes con la décima parte menos de obreros.

En el tejido de géneros de algodón la fuerza de vapor ha triplicado la producción

de los telares y un obrero puede hoy conducir 10 telares. Durante el curso de diez años que acaban de transcurrir ha quedado sobrante más de la mitad de los obreros para la misma cantidad de productos.

En otras muchas industrias se observa la misma progresión, y si bien en Europa no ha llegado á un desarrollo tal la mecánica, no tardará en hacernos sentir sus efectos la ley de la oferta y la demanda, sin que valgan tratados de comercio ni astucia diplomáticas, con lo que resultará un excedente de más de la mitad de los trabajadores actuales en todas las naciones civilizadas.

Ante conflicto tan inminente no hay que confiar en que los gobiernos den solución alguna; su misión consiste en garantizar los intereses creados y resistir todo intento revolucionario. Sólo la revolución y la ciencia pueden inspirar la solución práctica y justa.

Creemos útil ofrecer á nuestros lectores los interesantes datos que el conde Adolfo Hompesch ha reunido en su obra *Pauperismo y militarismo*:

El autor empieza por sentar que los gastos militares son el agente más activo de la depresión económica. «El militarismo excesivo, dice, agota los últimos recursos de Europa. El solo absorbe más de la mitad de la renta de las naciones; arrebatando al trabajo millones de hombres en la flor de su edad, y tiene constantemente suspendida sobre nuestras cabezas, como una espada de Damocles, el temor de una nueva declaración de guerra.»

Europa se halla convertida en un inmenso campamento. El general francés Ambert, investigador concienzudo, calcula que entre el ejército activo y las reservas hay en Europa un contingente total de 10 millones de soldados. Las estadísticas de las naciones europeas señalan un aumento alarmante en el ramo de la guerra. La más verídica de esas estadísticas, la publicada por el *Almanaque de Gotha*, nos da las cifras siguientes:

El presupuesto general de guerra y marina de todas las naciones europeas que ascendía en 1856 á la suma total de 2,375 millones de francos, llegó en 1884 á ser de 4,575 millones. De modo, que este presupuesto se ha duplicado en los últimos veinte años. Las deudas nacionales de Europa ascendían en 1856 á 62,900 millones de francos, y en 1884 á 118,725 millones: casi el doble.

Es evidente que este estado de cosas sólo puede conducirnos á una bancarrota general, extremo á que ha llegado ya más de una potencia europea.

El conde Hompesch habla de los inmensos sacrificios de vidas y dinero que han costado las guerras en la segunda mitad del presente siglo, y calcula que las seis guerras que en ese periodo han tenido lugar en Europa, á saber: la de Crimea en 1855, la Franco-italiana en 1859, la del Schleswig en 1864, la Pruso-austriaca en 1866, la Franco-alemana en 1870 y la Ruso-turca (en los Balkanes) en 1876, han costado en junto un sacrificio de 889,000 hombres y 33,000 millones de francos. ¡Qué inmensa suma de bien se habría podido hacer en Europa y en el mundo entero con los hombres y las riquezas tan terriblemente destruidos en esos veinte y ocho años! ¡Cuántos ferrocarriles, carreteras, casas, máquinas, museos, escuelas y bibliotecas podían haberse construido! Con la décima parte de aquella suma habría bastante para transformar el mundo mejorándolo.

Como decía Montesquieu hace ya mucho tiempo, el comercio y los tesoros del mundo se agotan para hacer frente á las exigencias de la guerra. Los pueblos se empobrecen á pesar de toda su industria; porque la economía privada se vé anulada por el inmenso despilfarro de los fondos públicos.

El conde Hompesch dice que las cuestiones sociales presentan mayor gravedad precisamente en las naciones en que el servicio de las armas es más general, tales como Rusia, Alemania y Francia.

El servicio militar obligatorio hace que los jóvenes no sean aptos para la vida civil, puesto que les impide adquirir el complemento de instrucción necesario, les hace perder sus mejores años, y, cuando los devuelve á sus familias y amigos, sólo les entrega unos hombres descontentadizos y desmoralizados que no han de servir ya más que para aumentar el número de la gente peligrosa de su país.

Se trabaja activamente para la creación en Barcelona de un diario ácrata-colectivista que aplique el criterio revolucionario á todos los asuntos que preocupan la atención general, logrando de este modo emancipar la opinión pública de la tutela á que la tiene sometida la prensa político-burguesa. El círculo obrero La Regeneración tomará probablemente á su cargo la iniciativa, contando con el apoyo de los colectivistas españoles.

BIBLIOGRAFIA

El Vientre de París (E. Zola). — Hé aquí un libro del primer novelista francés. «El Cosmos» editorial» ha tenido la buena idea de publicarlo en castellano, y si bien pierde en esto el libro muchas de sus bellezas, ganan en cambio los que no pueden leerlo en el idioma de Diderot y de Voltaire.

Desde luego la novela es buena, de primer orden, como todas las de Zola; pero para quien haya leído *Germinal*, ha de palidecer mucho por su alcance y por su empuje *El Vientre de París*. Campea en esta última, sin embargo, el mismo espíritu que en aquélla. Desde la primera página alienta entre líneas un vivísimo sentimiento de la Revolución; en cada párrafo hay un golpe formidable á todo lo existente, un grito de rebelión que surge de la masa inmensa de los *flacos*. Cuando la novela termina queda en el corazón del que lee un vago presentimiento de lo que está por venir y los nervios se agitan, la sangre se enardece y el cerebro hierve en deseos de lucha y de reconquista, pero de lucha por la Justicia, de reconquista del Derecho. Decididamente Zola sienta plaza de escritor revolucionario. Y lo hace con franqueza, sin contemplaciones; burguesía ó proletariado, en donde quiera que ve un vicio, una enfermedad social, allá va él y con su pluma, á modo de escalpelo, pone delante de los ojos la llaga oculta, pestilente y asquerosa. Es un trabajo de demolición el suyo. Que otros barran los escombros y reedifiquen luego.

Dominan en la obra dos ideas principalísimas: un sarcasmo, un latigazo para el pueblo por su incapacidad para la revolución; una acusación formidable contra la burguesía, el gobierno y los tribunales que Zola pone en caricatura magnífica, excelente, de mano maestra.

La justicia burguesa y el gobierno representan una comedia infame y cometen una cobardía al deportar á Florencio. Los burgueses, los medios burgueses y el pueblo ignorante y malvado, son unos miserables que se ceban indignamente en el infeliz Florencio, *summum* de la honradez y de la bondad. Pero el orden queda asegurado, los explotadores pueden continuar gozando del fruto de sus rapiñas y los desheredados de su eterna pobreza.

La novela de Zola es un trabajo crítico perfecto de nuestra sociedad. En unas cuantas páginas nos da á conocer cuanto á nuestro derredor ocurre, compendiado, reunido, metodizado admirablemente. Las escenas que describe son de una exactitud inimitable; los sujetos, los personajes pasan á cada momento por nuestro lado mal encubiertos y peor disfrazados. *El Vientre de París*, los mercados, constituyen una obra maestra, artística, que representa en toda su grandiosidad la vida del gran *estó-mago* de París.

Si la novela resulta menos interesante que *Germinal*, culpa es de la misma calidad de los personajes. El protagonista es un personaje negativo, pálido, sin personalidad. Los demás de la novela no se distinguen sino es por lo malvados unos, por lo indefinidos otros, por lo ignorantes muchos. Pero por esto mismo la novela resulta superior, porque con tipos tales se necesita una potencia artística poderosa para lograr, como Zola, hacer una novela digna, no sólo de atención, sino también de estudio. Cuando se ha leído *El Vientre de París*, puede decirse que se ha visto á nuestra sociedad por dentro, hipócrita, falsa, pobre de espíritu, mezquina, nula de inteligencia y de conciencia, y queda en el lector un deseo ferviente de reformar, de transformar cuanto existe.

¡Cuántos grupos de conspiradores como el que Zola describe hay en Francia, en España, en todas partes! ¡Cuántos revolucionarios que no saben lo que quieren! ¡Cuántos burgueses como Lebigre, Quemi y la bella Lisa! ¡Cuántos proletarios como Logre, Lacaille y Charvet! ¡Cuántas mujeres como la Normanda y Clemencia, la Saget y Sarriette! ¡Cuántos infelices como Florencio, mártires y víctimas resignadas, perseguidos por la sociedad con saña cruel! ¡Cuántos gobiernos y policías y tribunales como los del imperio!

Zola, llevando á la literatura por estos derroteros inicia una nueva época, una transformación en el arte, y se puede gloriarse de ser el primero que pone su pluma al servicio de la Revolución y de la Justicia.

La literatura se emancipa. Felicitémonos por ello.

Dos palabras al traductor y á los editores:

Al primero, que deseamos una traducción *más castellana*, hay giros y frases que podrán pasar en francés pero no en el idioma de Cervantes.

A los segundos... ¡Lástima grande que no se editen obras, como la de Zola, con mayor esmero y más al alcance de los que tenemos escasos recursos! — Hope.

MOVIMIENTO SOCIAL

Nuestro corresponsal de Montevideo nos dirige la siguiente correspondencia que nos complacemos en publicar, en demostración de que el movimiento reivindicador del proletariado se extiende por todo el mundo, sin exceptuar aquella hermosa América que la incapaz burguesía ha convertido en tirana tan despiadada como la vieja Europa.

Compañeros de la Redacción de ACRACIA:

Accediendo á vuestra solicitud, escribo la presente, temiendo carezca de suficiente interés para esa publicación.

En el año 1875 se fundó la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, llegando á tener á los dos años de existencia 300 afiliados. Pero más tarde fué degenerando tanto en sus trabajos, por la falta de convicción de los que entonces dirigían la sociedad y del resto de los socios, que poco á poco sucumbió entre *farras*, banquetes y orgías, quedando todas las cuentas pendientes hasta hoy.

Como varios compañeros que formaban parte de esa asociación teníamos la seguridad de que no todas las conciencias estaban corrompidas, emprendimos de nuevo el trabajo y formamos la *Federación de Trabajadores de la Región Uruguaya*, al frente de la cual luchamos con el ahinco posible; y si bien nuestros trabajos no han dado aún todo el fruto que deseamos, no es por falta de voluntad de muchos que escuchan nuestra propaganda, sino por las escasas fuerzas con que contamos. En primer lugar, somos pocos los que trabajamos en pro de la causa de la emancipación del trabajador, y luego los medios materiales nos son tan difíciles de adquirir, que hemos tenido que suspender la serie de conferencias que habíamos empezado, por no poder pagar el local; y por último, tenemos todavía los reglamentos sin imprimir, y esto contribuye á que no se afilien muchos que manifiestan les agrada la causa, pero quieren ver los estatutos antes de asociarse. Estos estatutos, que en breve pensamos imprimir, son tomados de *El Congreso Obrero Regional de 1881* celebrado en Barcelona.

Además creemos que nos llevará mucho tiempo nuestra empresa, á causa de lo acostumbrados que están estos trabajadores á las sociedades de carácter individualista, como se nota por las primeras preguntas que nos dirigen: «¿quién es el presidente? ¿con qué capital cuenta la Federación?» así que todos los trabajadores afluyen á esas sociedades de *socorros mutuos* que poseen edificios propios y miles de pesos en el Banco, con presidentes al frente, que son los más fuertes capitalistas de esta localidad.

No nos hubiera extrañado hasta ahora el poco entusiasmo de los trabajadores de esta región, si no hubiésemos visto que muchos federados europeos hacen lo mismo, al llegar aquí, contestándonos algunos, que son otras las sociedades que les convienen, y otros, olvidando sus promesas, se entregan á la indiferencia y á la insolidaridad.

Termino por hoy estos apuntes prometiéndooos escribir en otras algo más sobre la Federación y la política del país.

Os desea S. y pronta R. S. vuestro compañero, ANTONIO TAIVÓ.
Montevideo 25 de Setiembre de 1886.

Las Cámaras sindicales francesas, reunidas en el Congreso de Lyon, han votado la separación de la política y la entrada resuelta y decidida en la vía revolucionaria. Esta resolución en un país que cuenta ya largo tiempo de práctica del sufragio universal, que ha tomado parte en los plebiscitos del imperio y en las elecciones de la república, demuestra palpablemente que la igualdad política donde existe la desigualdad económica es una ilusión, una igualdad mentida, un sofisma con el cual los detentadores de la riqueza social pretenden que los detentados sancionen el despojo de que son víctimas.

Esta verdad la han comprendido las Cámaras sindicales de Francia, que son el conjunto del proletariado francés, y esto significa que los trabajadores franceses, asociados y organizados, forman ya el ejército de la Revolución Social.

Desde la proclamación de la *Commune* de París no registra la historia del socialismo acto más importante.

Hé aquí su declaración:

CONGRESO OBRERO DE LYON

Manifiesto del Congreso Obrero de Francia al pueblo trabajador

Trabajadores: El Congreso nacional acaba de terminar sus trabajos. En todos los asuntos á la orden del día, los delegados, representantes de más de 700 Cámaras sindicales afiliadas hasta hoy á diversas escuelas socialistas, han reconocido que el proletariado no debía y no podía esperar su emancipación de las clases adversarias, que,

bajo diversas formas políticas y sucediéndose hace ya un siglo, han negado los principios de la Revolución francesa.

Los burgueses son lo que los acontecimientos les obligan á ser, alternativamente monárquicos, republicanos benévolos, republicanos intransigentes y hasta socialistas; entendiéndose perfectamente para conservar bajo todos los regimenes políticos sus privilegios y monopolios.

Actualmente el nepotismo se exhibe vergonzosamente; la burocracia es una de las plagas de la República, aumentan las cargas, el presupuesto no se equilibra y una clase degenerada asiste impasible á esta regresión.

¿Podremos trabajar contra semejante situación? Sí y no. No, si creemos que el progreso sólo es dueño del tiempo, de las cosas y de los hombres; si nos dejamos adormecer por el parlamentarismo; si pensamos que el estado en que vivimos puede mejorarse con nuestros adversarios de origen. Sí, si al observar la marcha de la sociedad y viendo patente la concentración capitalista, reconocemos que se corre á un inevitable cataclismo.

No puede negarse que de tiempo en tiempo pueden arrancarse á nuestros enemigos algunas reformas parciales, pero contar con esas reformas para llegar á un todo es un error científico. El que espera que el progreso se realice sin ver que su esperanza se encuentra imposibilitada de realización por la organización actual de la sociedad es un cándido. El que pasa la vida sin hacer esfuerzo alguno para emanciparse comete una vileza.

Trabajadores, ¿no es humillante verse reducidos á pedir la jornada de ocho horas y discutir la ley policiaca de las sociedades obreras un siglo después de la Declaración de los derechos del hombre? ¿Es tan peligrosa la libertad sin trabas que no pueda concedérsela á la clase de los parias?

¿Cuántas luchas, cuantos sacrificios sufridos por la defensa de esta libertad, y cuántas infamias cometidas por los que, armados del Código, nos niegan hasta el derecho común!

¿Sería mejor nuestra situación si tuviésemos un consejo superior del trabajo cerca del ministerio? ¿Habéis olvidado ya que el poder legislativo ha oído muchas veces directamente nuestras reclamaciones sin querer tener cuenta de ellas?

Son utopistas ó indiferentes los que cuentan con los abogados para obtener su emancipación.

Trabajadores, separaos decididamente de los políticos, que os engañan. Habituaos á juzgar los hechos y los acontecimientos con juicio sereno y despreocupado.

La crisis se agravará progresivamente porque consumiréis cada vez menos. Tal vez pretenderán desembarazarse de nosotros haciéndonos matar en una guerra extranjera ó en una guerra civil con este fin provocada.

Eso no puede ser.

Es preciso arrancar á la clase directora todo cuanto nos es necesario para armar-nos en la lucha por la existencia. Necesitamos instruirnos, estrechar nuestras filas y no contar más que con nosotros mismos.

¿Nos faltará confianza? Somos el número, el derecho, el porvenir de la humanidad; no nos mezclamos con las clases podridas que se disputan el poder.

Permanezcamos unidos; pensemos que el trabajo está llamado á triunfar del parasitismo y que una nueva sociedad se impone.

¿Puede hacerse pacíficamente esta transformación? como hombres sinceros respondemos sin vacilar: ¡No!

A la propiedad individual debe suceder la propiedad colectiva ó común; la socialización de los medios de producir reemplazará á la explotación del hombre, de la mujer y del niño.

Luchamos por una organización igualitaria, contra el egoismo y el robo; queremos ser libres é iguales y nos declaramos resueltamente socialistas revolucionarios.

A vosotros, hermanos de trabajo, corresponde quedar con los que os engañan ó marchar decididamente al ejército de vanguardia gritando con nosotros: ¡Viva la Revolución Social!

El Congreso de los sindicatos obreros de Francia.

ADMINISTRACIÓN

Tienen satisfecha su suscripción hasta fin de año C. C. C., A. O., de Tarrasa; S. A., M. M., A. C., L. O., S. A., de Valladolid; J. F., B. P., J. V., J. V., de Sabadell; L. A., de Salamanca; R. C., de Carme; F. C., de Aznalcollar; I. R., de Santacoloma de Queralt; E. C., Sanjuan las Fonts; J. Ll., las seis suscripciones de Sanfeliu de Guixols; A. T., de Montevideo, recibidas 58'50 pesetas importe de las suscripciones; conforme con todo lo demás y escribiremos á la *Bandera*; T. T., de Sevilla, mandado lo que pedís y contestado. C. L., de Sevilla, el carácter de nuestra Revista, ajeno á las cuestiones de detalle de la organización, nos impide publicar la vuestra. F. R., de Palma de Mallorca, remitimos la colección.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.